

bamos á todos con magníficos festines que empezamos á dar á las damas. Entre las que yo visitaba encontré con una que me gustó, pareciéndome mas linda y jóven que Camila. Quise saber quien era, y me dijeron se llamaba Violante, muger de un caballero que, cansado ya de sus caricias, galanteaba á una cortesana que se habia apoderado de su corazon. No necesité saber mas para determinarme á hacer á Doña Violante dueña soberana de todos mis pensamientos.

Tardó poco ella misma en conocer la adquisicion que habia hecho. Comencé á seguirla á todas partes, y á hacer mil locuras para persuadirle de que no aspiraba yo á otra cosa que á consolarla de las infidelidades de su marido. Pensó un tanto sobre esto, y al cabo tuve el gusto de conocer que aprobaba mis intenciones. Recibí en fin un billete de ella en respuesta á muchos que yo le habia escrito por medio de una de aquellas viejas que en España é Italia son tan cómodas. Decíame la dama en el tal billete que su marido cenaba todas las noches en casa de su amiga, y que hasta muy tarde no volvia á la suya. Desde luego comprendí lo que me queria decir con esto. Aquella misma noche fui á hablar por la reja con Doña Violante, y tuve con ella una conversacion de las mas tiernas. Antes de separarnos quedamos de acuerdo en que todas las noches á la misma hora nos hablaríamos en el propio sitio, sin perjuicio de las demas galanterías que nos fuese permitido practicar por el dia.

Hasta entonces Don Baltasar, que así se llamaba el marido de Violante, podia darse por bien servido; pero siendo otros mis deseos, fui una noche al sitio consabido con ánimo de decirle que ya no podia vivir si no lo-graba hablarle á solas en un lugar mas conveniente al exceso de mi amor, fineza que aun no habia podido conseguir de ella. Apenas llegué cerca de la reja, cuando ví venir por la calle á un hombre, el cual conocí que me observaba. Con efecto, era el marido de Doña Violante, que aquella noche se retiraba á casa algo temprano, y viendo parado allí á un hombre comenzó él mismo á pasearse por la calle. Dudé algun tiempo lo que debia hacer; pero al fin me determiné á llegarme á Don Baltasar sin conocerle ni que él me conociese á mí, y le dije:—Caballero, suplico á vd. que por esta noche me deje libre la calle, que en otra ocasion le serviré yo á vd.—Señor, me respondió, la misma súplica iba yo á hacerle á vd. Yo cortejo á una señorita que vive á veinte pasos de aquí, á la cual un hermano suyo hace guardar con la mayor vigilancia; por lo que quisiera ver desocupada del todo la calle.—Espere vd., repliqué, que ahora me ocurre un modo para que ambos quedemos servidos sin incomodarnos, porque la dama que yo cortejo vive en esta casa, mostrándole la propia suya. Vd. puede divertirse en la otra mientras yo me divierto en esta, y hacernos espaldas los dos si alguno de nosotros fuere acometido.—

Convengo en ello, repuso él: voy á ocupar mi sitio, vd. quédese en el suyo, y socorrámonos mutuamente en caso de necesidad. Diciendo esto se apartó de mí; pero fué para observarme mejor, lo que podia hacer sin riesgo, porque la noche estaba oscura.

Acercándome entonces sin recelo á la reja de Violante, no tardó ésta en venir, y comenzamos á hablar. No me olvidé de instar á mi reina para que me concediese una audiencia privada en sitio reservado. Resistióse un poco á mis ruegos para hacer mas apreciable el favor: pero despues echándome un papel que ya traía prevenido en el bolsillo:—Ahí va, me dijo, lo que deseais y veréis bien despachadas vuestras súplicas. Al decir esto se retiró por cuanto iba viniendo ya la hora en que acostumbraba á recogerse á casa su marido; pero éste, que habia conocido muy bien ser su muger el ídolo á quien yo sacrificaba, me salió al encuentro, y con un fingido gozo me preguntó:—Y bien, caballero, ¿está vd. contento de su buena fortuna?—Tengo motivo para estarlo, le respondí: y á vd. ¿cómo le fué con la suya? ¿Mostrósele el amor risueño y favorable?—¡Oh! no, me respondió con despecho. El maldito hermano de mi querida volvió de su casa de campo un dia ántes de lo que habiamos pensado, y este contratiempo ha aguado el contento con que yo me habia lisonjeado.

Hicímonos Don Baltasar y yo recíprocas protestas de amistad, y nos citamos para vernos en la plaza mayor la mañana siguiente. Despues que nos separamos se fué Don Baltasar derecho á su casa, donde no mostró á su muger el menor indicio de las noticias que tenia de ella, y al otro dia acudió á la plaza segun lo acordado, y de allí á un momento llegué yo. Saludámonos con vivas demostraciones de amistad, tan alevosas por su parte como sinceras por la mia. Hizome el artificioso Don Baltasar una falsa confianza de sus lances amorosos con la dama de quien me habia hablado la noche anterior. Contóme una larga fábula que habia forjado, todo con el siniestro fin de obligarme á corresponderle; contándole yo el modo con que habia hecho conocimiento con Violante. Caí incautamente en el lazo, y con la mayor franqueza del mundo le confesé todo lo que me habia sucedido; y no contento con esto le enseñé el papel que habia recibido, y aun le leí tambien su contesto, que era el siguiente:—*Mañana iré á comer en casa de Doña Ines: ya sabeis donde vive: allí hablarémos á solas. No puedo negaros por mas largo tiempo un favor que juzgo mereceis.*

—Ese es un papel, dijo Don Baltasar, que le promete á vd. el merecido premio de sus amorosos suspiros. Doile á vd. de antemano la enhorabuena de la dicha que le aguarda. No dejó de parecer algo turbado mientras hablaba de esta manera; pero fácilmente me deslumbró, ocul-

tando á mis ojos su conmocion y enojo. Estaba tan embelesado en mis halagüeñas esperanzas, que no me paraba en observar á mi confidente, aunque éste se vió precisado á dejarme, sin duda por temor de que conociese su agitacion. Partió luego á contar á su cuñado esta aventura, é ignoro qué pasó entre los dos; solo sé que Don Baltasar vino á casa de Doña Ines á tiempo que yo estaba con Violante. Supimos que era él el que llamaba, y yo me escapé por una puerta falsa antes que entrase en la sala. Luego que desaparecí se aquietaron las dos mugeres, que se habian asustado mucho con la repentina venida del marido. Recibiéronle con tanta serenidad, que desde luego sospechó me habian escondido ó hecho escapadizo. Lo que dijo á Doña Ines y á su muger no os lo puedo contar, porque nunca lo he sabido.

Entretanto, no acabando todavia de conocer que Don Baltasar se burlaba cruelmente de mi sinceridad, salí de la casa echándole mil maldiciones, y me fuí derecho á la plaza, donde habia dicho á Lamela me aguardase. No le encontré, porque el bribon tenia tambien su poco de trapiello, y con suerte mas dichosa que la mia. Miétras le esperaba, ví á mi falso confidente venir hácia mí con rostro muy alegre y mucho desembarazo. Luego que llegó á mí me preguntó cómo me habia ido con mi ninfa en casa de Doña Ines.—No sé qué demonio, le respondí, envidioso de mis gustos, me vino á echar un jarro de agua en todos ellos. Miétras estaba á solas con ella instando y suplicando, llamó á la puerta su maldito marido, á quien lleve Barrabas. Me fué preciso pensar en el modo de retirarme prontamente, y así me marché por una puerta escusada dando mil veces al diablo al grandísimo importuno que viene siempre á desbaratar mis designios.—A la verdad lo siento, repuso Don Baltasar, alegrísimo en su interior de verme desazonado. Ese es un marido molesto, que no merece se le dé cuartel.—¡Oh! en cuanto á eso, repliqué yo, no dudeis que seguiré vuestro consejo. Os doy palabra de que esta misma noche se le dará pasaporte para el otro barrio. Su muger, al separarnos, me dijo que fuese adelante con mi empeño, y no abandonase la empresa por tan pocas cosas: que prosiguiese en acudir á su ventana á la hora acostumbrada, porque estaba resuelta á introducirme ella misma en su casa; pero que en todo caso no dejase de ir escoltado con dos ó tres camaradas para que en cualquier lance me hallase bien prevenido.—¡Oh, qué prudente es esa dama! me respondió él. Yo me ofrezco desde luego á acompañaros.—¡Oh, querido amigo, repliqué yo fuera de mí de puro gozo y echándole los brazos al cuello, y de cuántas finezas os soy deudor!—Aun haré mas por vos, repuso él: yo conozco á un mozo que es un Alejandro; este nos acompañará, y con tal escolta podreis divertir os á vuestro gusto sin sobresalto ni contratiempo.

No encontraba voces para esplicar mi agradecimiento á los favores de aquel nuevo amigo; tan encantado me tenia su celo. Acepté en fin el auxilio que me ofrecia, y dándonos el santo para cerca de la puerta de Violante á la entrada de la noche, nos separamos. Don Baltasar fué á buscar á su cuñado, que era el Alejandro de quien me habia hablado; y yo me quedé paseando con Lamela, el cual, aunque no menos admirado que yo de la eficacia con que Don Baltasar se interesaba en este asunto, cayó tambien en la red, como yo habia caido, sin pasarle por el pensamiento la menor desconfianza de la sencillez de aquellas finezas. Confieso que una simplicidad tan garrafal no se podia perdonar á unos hombres como nosotros. Cuando me pareció que era hora de presentarme á la ventana de Violante, Ambrosio y yo nos acercamos á ella bien prevenidos de buenas armas. Hallamos en el mismo sitio al marido de la dama, acompañado de otro hombre, que nos esperaban á pié firme. Llegóse á mí Don Baltasar y me dijo:—Este es el caballero de cuyo valor hablamos esta mañana. Entre vd. en casa de esa señora, y disfrute su dicha sin recelo ni inquietud.

Acabados los recíprocos cumplimientos, llamé á la puerta de mi ninfa, y vino á abrirla una especie de dueña. Entré sin advertir lo que pasaba á mis espaldas, y llegué hasta una sala donde Violante me esperaba. Miétras la estaba saludando, los dos traidores que me siguieron hasta dentro de la casa, habian entrado en ella tan atropelladamente, y cerrado tras de sí la puerta con tanta violencia, que el pobre Ambrosio se quedó en la calle. Descubriéronse entonces, y ya podeis imaginar el apuro en que yo me veria. Bien se deja conocer que fué forzoso entonces llegar á las manos. Acometiéronme los dos al mismo tiempo con las espadas desnudas, y yo les correspondí, dándoles tanto que hacer, que se arrepintieron presto de no haber tomado medidas mas seguras para la venganza. Pasé de parte á parte al marido; y el cuñado viéndolo en aquel estado tomó la puerta, que Violante y la dueña habian dejado abierta al escaparse mientras nosotros reñiamos. Fuíle siguiendo hasta la calle, donde me reuní con Lamela, que, no habiendo podido sacar ni una sola palabra á las dos mugeres que habia visto ir huyendo, no sabia precisamente á qué atribuir el rumor que acababa de oír. Volvimos á la posada, y recogiendo lo mejor que teniamos, montamos en nuestras mulas, y salimos de la ciudad antes que amaneciese.

Conocimos muy bien que el lance podia tener malas resultas, y que se harian en Toledo pesquisas, contra las cuales seria imprudencia no tomar todo género de precauciones. Hicimos noche en Villarubia en un meson, en donde á poco rato entró un mercader de Toledo que camina-

ba á Segorve. Cenamos con él, y nos contó el trágico suceso del marido de Violante, mostrándose tan ageno de sospecharnos reos en él, que con libertad le hicimos toda suerte de preguntas.—Señores, nos dijo, el caso lo supe esta mañana al ir á montar á caballo; se hacen grandes diligencias para encontrar á Violante; y me han asegurado que, siendo el corregidor pariente de Don Baltasar, está en ánimo de no perdonar medio alguno para descubrir los autores del homicidio. Esto es todo lo que sé.

Aunque nada me espantaron las pesquisas del corregidor de Toledo, no obstante, tomé desde luego la determinacion de salir cuanto antes de Castilla la Nueva, haciéndome cargo de que si encontraban á Violante confesaría ésta cuanto habia pasado, y daría tales señas de mi persona, que la justicia despacharía rápidamente varias gentes en mi seguimiento. Por todas estas consideraciones resolvimos desviarnos del camino real desde el dia siguiente. Tuvimos la fortuna de que Lamela habia corrido las tres partes de España, y tenia bien conocidas todas las sendas estraviadas por donde podíamos pasar con seguridad á Aragon. En vez de irnos derechos á Cuenca, nos metimos en las montañas que están antes de llegar á la ciudad, y por senderos muy practicados por mi conductor, llegamos á una gruta que tenia toda la apariencia de ermita. Con efecto era la misma á donde ayer noche llegaron ustedes á pedirme los recogiese.

Mientras estaba yo ecsaminando sus contornos que me representaban un pais deliciosísimo, me dijo mi compañero:—Seis años ha que pasando yo por aquí, me hospedó caritativamente en esta ermita un anciano y venerable ermitaño, que repartió conmigo los escasos víveres que tenia. Era un santo varon, y me dijo cosas tan santas y tan buenas, que faltó poco para que yo dejase el mundo. Acaso vivirá todavia, y quiero ver si es así. Dicho esto se apeó de la mula el curioso Ambrosio, y entrando en la ermita, despues de haberse detenido en ella algunos momentos, salió diciéndome:—Apeaos, Don Rafael, y venid á ver un espectáculo muy tierno. Eché pié á tierra inmediatamente, y atando nuestras mulas á un árbol, seguí á Lamela hasta la gruta, donde entré, y ví tendido en una vil tarima á un viejo anacoreta, pálido y moribundo. Pendia de su venerable rostro una blanca barba tan poblada y larga, que le llegaba hasta la cintura, y tenia en sus manos juntas entrelazado un gran rosario. Al ruido que hicimos cuando nos acercamos á él, entreabrió los ojos, que la muerte habia comenzado ya á cerrar, y despues de habernos mirado un momento nos dijo:—*Hermanos míos, seais quienes fuéreis, aprovechaos del espectáculo que se ofrece á vuestra vista. Cuarenta años he vivido en el mundo, y sesenta en esta soledad. ¡Ah, y qué largo me parece ahora el tiempo que dediqué á mis deleites, y al contrario*



*qué corto el que he consagrado á la penitencia! ¡Ah! mucho temo que las austeridades del hermano Juan no hayan sido bastantes para espiar los pecados del licenciado Don Juan de Solis.*

Apenas dijo estas palabras cuando espiró; y los dos nos quedamos atónitos á vista de su muerte. Tales objetos siempre hacen alguna impresion hasta en los mayores libertinos; pero duró poco nuestra conmocion, porque olvidamos presto lo que acababa de decirnos. Comenzamos á hacer inventario de todo lo que habia en la ermita, en lo que no tardamos mucho tiempo, pues todos los muebles consistian en lo que habeis podido ver en ella. No solo la tenia el hermano Juan mal amueblada, sino que hasta la despensa estaba mal provista. Todas las provisiones que hallamos se reducian á unas pocas de avellanas y algunos mendrugos de pan casi petrificados, que á la cuenta no habian podido mascar las despobladas encías del santo varon: digo despobladas, porque observamos que se le habia caido la dentadura. Todo lo que contenia esta morada solitaria y todo lo que veiamos, nos hacia mirar á este buen anacoreta como á un santo. Una sola cosa nos llamó la atencion: hallamos un papel plegado en forma de carta, que el difunto habia dejado sobre la mesa, en la cual encargaba á quien le leyese que llevase su rosario y sus sandalias al obispo de Cuenca. No acabábamos de entender con qué intencion habia podido aquel nuevo padre del desierto desear que se hiciese á su obispo semejante regalo. Oñanos esto á falta de humildad, ó á cierto hipo de ser tenido por santo. Pero ¿quién sabe si solo fué un si es no es de tontería? Es punto que no me meteré á decidir.

Hablando de ello Lamela y yo, le ocurrió á aquel un extraño pensamiento.—Quedémonos, me dijo, en esta ermita, y dicfracémonos de ermitaños. Enterremos al hermano Juan. Tú pasarás por él; y yo con el nombre de hermano Antonio iré á pedir limosna por los lugares y aldeas del contorno. De esta manera, no solo estaremos á cubierto de las pesquisas del corregidor, que no creo pueda pensar en buscarnos aquí, sino que espero lo pasaremos bien, en virtud de los conocimientos que tengo en la ciudad de Cuenca. Aprobé este extraño pensamiento, no ya por las razones que Ambrosio me alegaba, sino por un rasgo de estravagancia, y como para representar un papel en una pieza de teatro. Abrimos, pues, una sepultura á treinta ó cuarenta pasos de la gruta, y enteramos en ella modestamente al anacoreta, despues de haberle despojado de su hábito, que consistia en una sola túnica ceñida al cuerpo con una correa de cuero, y le cortamos tambien la barba para hacerme con ella á mí una postiza; en fin, hechos los funerales tomamos posesion de la ermita.

Pasámoslo muy mal el primer dia, viéndonos precisados á mantenernos solamente de la triste provision que nos habia dejado el difunto; pe-

ro el dia siguiente ántes de amanecer salió Lamela á campaña con las dos mulas, que vendió en Cuenca, y por la noche volvió cargado de víveres y de otras cosillas que habia comprado. Trajo todo lo que era menester para disfrazarnos bien. Hizo para sí una túnica ó hábito de paño pardo, y una barbilla roja de crines, la que se supo acomodar con tal arte que parecia natural. No hay en el mundo mozo mas mañoso que él. Arregló tambien la barba del hermano Juan, ajustómela á la cara, y púsome en la cabeza un gran gorro de lana oscura, que contribuia mucho para disimular el artificio. Se puede decir que nada faltaba para nuestro disfraz. Hallámonos los dos en este ridículo equipage, de manera que no podiamos mirarnos sin reirnos, viéndonos en un traje que ciertamente no nos convenia. Con la túnica del hermano Juan heredé tambien su rosario y sus sandalias, que no hice escrúpulo de apropiarme en vez de regalárselas al obispo de Cuenca.

Hacia tres dias que estábamos en la ermita sin haber visto en todos ellos alma viviente; pero al cuarto entraron en la gruta dos aldeanos que traian al difunto, creyendo que estuviere todavia vivo, pan, queso y cebollas. Luego que los ví me eché en mi tarima, y me fué fácil alucinarlos, fuera de que ellos no podian distinguirme bien por la escasa luz de la ermita, y procuré imitar lo mejor que pude la voz del hermano Juan, cuyas últimas palabras habia oido; de manera que los pobres hombres no tuvieron la menor sospecha de aquella superchería, y si solo mostraron alguna admiracion de hallarse en la gruta con otro ermitaño. Pero advirtiéndolo el socarron de Lamela, les dijo con cierto aire hipocriton:—No os admireis, hermanos, de verme á mí en esta soledad. Estaba yo en una ermita de Aragon, y la he dejado por venir á acompañar al venerable y discreto hermano Juan, y asistirle en su estrema vejez, considerando la necesidad que tendria en ella de este alivio. Los aldeanos prorumpieron en infinitas alabanzas de Ambrosio, ensalzando hasta el cielo su heróica caridad, y dándose á sí mismos mil parabienes por la dicha de tener dos hombres santos en su pais.

Habia comprado Lamela unas grandes alforjas, y cargado con ellas partió por la primera vez á dar principio á la demanda en la ciudad de Cuenca, que solo dista una legua corta de la ermita. Como la naturaleza le ha dotado de un exterior devoto y compungido, y ademas de eso posee en supremo grado el arte de hacerlo valer, no dejó de mover el corazon de las personas caritativas á darle limosna, y así en poco tiempo llenó las alforjas de los dones de su liberalidad.—Amigo Ambrosio, le dije cuando volvió á la ermita, te doy el parabien del admirable talento que tienes para ablandar y enternecer las almas cristianas. ¡Vive diez que parece que has ejercitado por muchos años el oficio de demandante

capuchino!—Algo mas he hecho, me respondió, que hacer abundante cosecha, porque has de saber que he encontrado á cierta ninfa llamada Bárbara, que fué algo mia en otro tiempo. La he hallado bien mudada; pues se ha dado como nosotros á la devocion. Vive con otras dos ó tres beatas que edifican el mundo en público, y hacen una vida muy diferente en casa. Al principio no me conoció, tanto que me ví obligado á decirle:—¿Cómo así, señora Bárbara? ¿Es posible que ya desconozcais á uno de vuestros antiguos amigos, y vuestro humilde servidor Ambrosio?—Por vida mia, amigo Lamela, respondió Bárbara, que jamas podia soñar el verte vestido con ese traje. ¿Por qué diablos de aventura has venido á parar en ermitaño?—Eso es cosa larga, le respondí, y ahora no puedo detenerme á contárosla; pero mañana á la noche volveré y satisfaré vuestra curiosidad. Tambien vendrá conmigo mi compañero el hermano Juan.—¿Qué hermano Juan? replicó ella: ¿aquel viejo y buen ermitaño que vive en una ermita cerca de esta ciudad? Tú no sabes lo que te dices, pues se asegura que tiene mas de cien años.—Es verdad, le respondí, que en otro tiempo tuvo esa edad; pero de pocos dias á esta parte se ha remozado tanto, que no soy yo mas mozo que él.—Pues bien, respondió Bárbara, siendo eso así, que venga contigo: sin duda que en eso se oculta algun misterio.

No dejamos de ir al dia siguiente luego que fué noche á casa de aquellas santurronas, que para recibirnos mejor nos tenian prevenida una gran cena. Así que entramos en su casa nos quitamos las barbas postizas y el hábito eremítico, y sin ceremonia nos presentamos á estas princesas tales cuales éramos; ellas, por no parecer menos francas que nosotros, nos mostraron de cuanto son capaces las falsas devotas cuando arriman á un lado las gazmoñerías de la aparente devocion. Pasamos casi toda la noche á la mesa; y no nos retiramos á nuestra gruta hasta poco antes de amanecer. Repetimos presto la visita, ó por mejor decir, seguimos el mismo método por espacio de tres meses, y gastamos con aquellas ninfas mas de los dos tercios de nuestro caudal; pero cierto celoso lo ha descubierta todo, dando parte á la justicia, la cual debia hoy ir á la ermita á echarnos mano. Ayer, mientras Ambrosio hacia su demanda en Cuenca, una de las beatas le entregó un billete, diciéndole:—Una amiga mia me escribe esta carta, que iba á enviaros con un propio. Muéstrsela al hermano Juan, y tomen sus medidas en informándose de su contenido. Este es, señores, aquel mismo billete que Lamela me entregó ayer en vuestra presencia, y el que nos obligó á abandonar tan precipitadamente nuestra solitaria habitacion.